

## CAPÍTULO XX

### Atenas.

La literatura griega tal y como hasta aquí la hemos estudiado, era patrimonio común de las diversas tribus que poblaban la península helénica, cada una de las cuales cultivó el género que más en armonía se hallaba con sus gustos y con sus naturales inclinaciones, imprimiéndole el sello de su respectivo carácter. Así, lo mismo Mileto en Jonia que la isla eólica de Lesbos, las colonias de la Magna Grecia y de Sicilia que los griegos de la metrópoli, contribuyeron con poderoso impulso á crear nuevas formas de poesía y de elocuencia y á dirigir la poética inventiva por derroteros nuevos. Pero las creaciones más bellas y más perfectas posteriores á los poemas homéricos, no fueron ya exclusivo patrimonio de la tribu que las produjera, como suele acontecer, por ejemplo, con los cantos populares de los pueblos antiguos y modernos: que compuestos en un determinado dialecto, sólo son conocidos de las tribus que lo hablan. En Grecia, por el contrario, se formó muy pronto una *literatura nacional*, en el sentido de que toda obra literaria, fuese cualquiera el dialecto en que se hallara escrita, era conocida y escuchada con gusto por todos los griegos. A pesar de estar compuestos en dialecto eólico, los dulces cantos de la lesbense Safo impresionaban profundamente el ánimo del anciano Solon, ateniense de educación y de nacimiento <sup>1)</sup>, y las investigaciones de los filósofos de Elea en la Enotria, no tardaron en llamar vivamente la atención de Anaxágoras, que vivía en Mileto y en Atenas <sup>2)</sup>; de todo lo cual se infiere que en aquella época la fama de los escritores notables y

---

<sup>1)</sup> Véase el cap. XIII.

<sup>2)</sup> Cap. XVII.



el conocimiento de sus principales producciones se difundían con gran rapidez por toda la Grecia <sup>1)</sup>). Además, en aquella época remota los poetas y los sabios acostumbraban visitar ciertas ciudades consideradas como especie de teatros donde podían dar á conocer públicamente su saber y sus talentos. Hasta las guerras médicas, Esparta fué la principal y la más solicitada de estas ciudades; pues aunque los lacedemonios produjeron poco, eran tenidos por jueces de clara inteligencia y de sano criterio en punto á artes y ciencias <sup>2)</sup>); así se cuenta de los principales poetas, músicos y filósofos de aquel tiempo, que pasaron en Esparta una parte de su vida <sup>3)</sup>).

Pero la literatura y la civilización griegas sufrieron una gran transformación desde el momento en que, merced á su supremacía política y á un conjunto de circunstancias favorables, por su superioridad intelectual y moral sobre todo, una ciudad conquistó la categoría de capital del arte y de la civilización nacionales. Desde que esta ciudad logró no sólo que todos los griegos acogiesen con admiración su rica y variada literatura, sino que su gusto y su criterio predominaran en la nación entera, determinó también qué obras debían ser generalmente reconocidas y transmitidas á la posteridad como clásicas, mucho tiempo antes de que los críticos alejandrinos hubieran dado á luz sus preceptos. Esta ciudad era *Atenas*, y no hay época más importante en la historia de la civilización griega, que aquella en que Atenas alcanzó la supremacía sobre los demás Estados de Grecia. El carácter y las inclinaciones del pueblo ateniense se prestaban á este predo-

<sup>1)</sup> [Así como en las escuelas hubo de enseñarse antes el recto sentido de ciertas frases de Homero ya anticuadas, cual nos lo demuestra muy especialmente un fragmento de Aristófanes (n.º 1 de Dindorf), así se hizo también más tarde respecto de obras escritas en otros dialectos. Véase lo que dice Platon, *Protágoras*, p. 341, c., acerca del dialecto lébico de Plutarco, llamado bárbaro. De igual suerte puede haber algo exacto en cuanto Didimo sostiene en los escoliastas del *Thesmophor.*, V. 169 de Aristófanes, á pesar de que en lo esencial anda bastante descaminado.]

<sup>2)</sup> Aristóteles, *Política*, 8, 5, p. 1339, b, 2: οἱ Λάκωνες... οὗ μανθάνοντες ἑμῶς δύνανται κρίνειν ὀρθῶς, ὡς πασι, τὰ χρηστὰ καὶ τὰ μὴ χρηστὰ τῶν μελῶν.

<sup>3)</sup> Muy especialmente Arquiloco, Terpandro, Taletas, Teognis, Ferécides y Anaximandro. [El entusiasmo del autor por el arte espartano, y en general por el dórico, le hace ser demasiado benévolo. En particular, por lo que respecta á los filósofos, las noticias á ellos concernientes son ó demasiado confusas ó inseguras, para que pueda reconocérselas gran valor. Véase, por lo demás, *Die Doxien*, vol. 2, p. 386 y 387 de la 2.ª edic.]

minio. Los atenienses eran jonios, y cuando sus hermanos se separaron de ellos para fundar las doce ciudades en las costas del Asia Menor, ya la civilización jónica descansaba sobre sólidos cimientos. El dialecto jónico se distinguía del dórico y del eólico por ciertos rasgos propios y característicos; el culto de los dioses, entre los jonios particularmente de carácter jovial y sereno, habíase consolidado merced á ciertas fiestas nacionales <sup>1)</sup>); y antes de aquella separación se habían manifestado ya los gérmenes del sentimiento republicano. Cuán extraordinarias eran la fecundidad y la perspicacia del genio jónico, demuéstranlo bien á las claras las admirables producciones de los jonios del Asia y de las islas adyacentes, en los dos siglos anteriores á las guerras médicas; pues prescindiendo de la poesía épica, que pertenece á época más remota, ellos crearon la yámbica y la elegiaca, y á ellos se deben también las primeras investigaciones filosóficas y los comienzos de los trabajos históricos. Cuanto produjeron los jonios que se quedaron en su patria del Atica durante toda esta época, parece pobre y árido en comparación con la exuberancia de la literatura creada por los que emigraron al Asia; sólo ulteriores progresos habían de demostrar que el genio ateniense era el más sólido y durable de ambos.

La civilización de los jonios de Asia se asemeja á una planta que arrancada del suelo en que nació y trasplantada á tierra más fecunda y á más templado clima, cúbrese de brillantes hojas y de hermosas y perfumadas flores, mientras que su hermana, continuando arraigada á la primera tierra y vivificada por savia más eficaz y vigorosa, produce aunque más tarde nutritivos y sazonados frutos <sup>2)</sup>). En realidad las condiciones climatológicas de ambos paí-

<sup>1)</sup> Véase por qué las Targelias y las Pianepsias de Apolo, las Antesterias y las Leneas de Dionysos, las Apaturias, las Eleusinas y otras muchas fiestas y ritos religiosos eran comunes á los atenienses y á los jonios.

<sup>2)</sup> [Ed. Curtius en su obra *Die Ionier vor der ionischen Wanderung*, Berlín, 1855 (véase también su *Griechische Geschichte*, 4.ª edic., vol. 1, nota de la p. 624) es el primero que en la época moderna ha sostenido la opinión de que el primitivo asiento de los jonios no fué el Ática sino las costas del Asia Menor, hacia cuyas comarcas se realizó posteriormente una emigración; la cual por virtud de la creencia, ya generalizada, en el origen auctóctono de los habitantes del Atica, fué considerada erróneamente como primera colonización. Desde entonces hánse asociado á esta opinión distinguidos eruditos. Prescindiendo de otros argumentos que en su apoyo podrían aducirse, ofrece la ventaja de que explica claramente cómo pudo suceder que las colonias jónicas mencionadas alcanza-



ses respondían á aquellos efectos. Según Heródoto <sup>1)</sup>, el clima de Jonia era el más suave y templado de toda la Grecia, y aunque el historiador no tiene por el mejor el suelo de aquella comarca, sus valles, en particular el de Meandro, eran extraordinariamente fértiles, merced á la abundancia de tierra vegetal mezclada con numerosos elementos volcánicos que llevaban los ríos. El suelo del Atica, por el contrario, era, según el testimonio de los antiguos, pedregoso y ligeramente cubierto de tierra <sup>2)</sup>, por lo que el cultivo y la labor de los campos exigían más trabajo y solicitud que en las demás comarcas de Grecia. Por esto, como con acierto observa Tucídides, las tribus guerreras primitivas preferían y se disputaban las feraces llanuras de Argos, de Tebas y de Tesalia, circunstancia que permitió á la industria y la vida social del Atica desarrollarse tranquilamente y sin solución de continuidad. No carecía, sin embargo, el Atica de naturales encantos, ni faltábanle, como dice Sófocles en el sublime coro de Colona, «los verdes valles donde el melodioso ruiseñor lanza los dulces lamentos de sus trinos armoniosos, á la sombra del frondoso arbusto á Baco consagrado, que ahuyenta los ardores del sol y las tempestades del invierno»; ni tampoco «el celeste rocío que refresca y hermosea la blanca corola del narciso y el crocus brillante como el oro» <sup>3)</sup>; y celebra el puro ambiente constantemente refrescado por ligeras brisas, privilegio del clima del Atica, y que Eurípides pinta como invisible éter que da á las producciones del génio ático la gracia particular de que se hallan impregnadas, como del más delicado perfume. «Oh descendientes de Erecteo, dice el poeta á los atenienses <sup>4)</sup>, venturosos desde la edad más

ran la época de su florecimiento muchos siglos antes que la metrópoli, y cómo por ende, en ellas y no en el Atica se desarrollaron primero la poesía y la prosa. Lo que sí es indudable es que, al contrario de lo que aconteció á Atenas, los Estados jónicos del Asia Menor aparecen en la historia cuando ya se había iniciado su decadencia política.]

<sup>1)</sup> [I, 142; véase también Hipócrates, *De aere et locis*, § 74.]

<sup>2)</sup> τὸ λεπτόγειον. [Tucídides, I, 2. Véase E. Curtius, *Griechische Geschichte*, vol. I, p. 9.]

<sup>3)</sup> Sófocles, *Edipo en Colona*, V. 670, 681. [Respecto de éste y otros pasajes análogos véase lo que acerca del sentimiento que la contemplación de la naturaleza despertaba en los antiguos, dice C. Lehrs en sus *Populären Aufsätzen aus dem Altertume*, p. 133 y ss. de la 2.ª edic.]

<sup>4)</sup> Eurípides, *Medea*, 824. La traducción servirá al propio tiempo de interpretación de este importante pasaje.

remota é hijos queridos de los dioses; en vuestra sagrada y jamás conquistada patria encontráis la renombrada sabiduría como fruto natural de vuestro suelo, y camináis constantemente con dulce tranquilidad de espíritu hacia el brillante azul del cielo donde las nueve Musas de la Pieria educaron, como á hija común, á la Harmonía de dorada cabellera. Dícese también que la diosa Cypris, bebiendo las límpidas aguas del manso Cefiso las ha repartido en el país en forma de frescos y suaves céfiros, y que mientras se corona de perfumadas rosas, envía á la tierra los Amores, compañeros de la sabiduría y sostenes de la virtud.»

Con estas condiciones climatológicas estaba en perfecta armonía la situación política del país, merced á esa íntima concordancia que á menudo se observa en la historia de los pueblos. Los jonios, más fuertes y aguerridos que las tribus indígenas, lidias, carias y otras, desplegaron al principio contra éstas sus talentos militares y después de apoderarse de toda la costa entablaron amistosas relaciones con aquellas tribus, las cuales, por sus conexiones con Babilonia y con Nínive <sup>1)</sup> les transmitieron el conocimiento de muchas artes útiles, de objetos de lujo y de placeres del interior del Asia. Ahora bien, cuando la monarquía lidia, vigorizada y pujante bajo los Mermnades, dió comienzo á sus conquistas, estaban de tal suerte afeminados y corrompidos, que fácilmente fueron sojuzgados por el vecino reino, para caer después en unión de los demás súbditos de Creso, bajo el poderío de los persas. Por el contrario, los habitantes del Ática, únicos restos ya de aquella raza jónica que en otro tiempo ocupara extensos territorios en la metrópoli, hostilizados de continuo por los pueblos más vigorosos de la Grecia, por los eolios de Beocia y por los dorios, no pudiendo abandonar un punto la espada, véanse obligados á hermanar y conservar con la volubilidad propia del carácter jónico, una energía y una resolución que les hicieron capaces de las más grandes empresas. No obstante, no pudo confiar tan pronto Atenas en su fortaleza y en su vigor, como en los suyos fiaban los espartanos, dueños de la mitad del Peloponeso y de superioridad incontestable en el arte de la guerra; antes bien, los atenienses viéronse obligados á mantenerse siempre alerta y á la defensiva y á buscar constantemente ocasiones de extender su

<sup>1)</sup> Véase sobre este particular E. Curtius, *Griechische Geschichte*, vol. I, página 544 y ss.]



poderío; y esta debe ser considerada como la causa primordial de los distintos papeles que más tarde en los grandes acontecimientos históricos, desempeñaron Esparta y Atenas. Por otra parte, los atenienses consagraban toda su actividad al desenvolvimiento pacífico y legal de la vida política y á la consecución y definitivo afianzamiento de las públicas libertades; de tal modo, que sólo en Atenas, y no en otro alguno de los Estados jónicos, pudo un *Solon* llegar á ser, por la unánime voluntad de sus compatriotas, gobernante único de la república <sup>1)</sup>. Solon supo conciliar las prerogativas hereditarias de la aristocracia con la aspiración del pueblo á intervenir en la administración de sus propios asuntos, y armonizar la libertad de obrar con el orden y la severidad de costumbres. Pocos estadistas han alcanzado tan limpia y justa fama como él; y los fragmentos de sus yambos y de sus elegías que ya hemos dado á conocer (Cap. X), revelan cuán bondadosa era su alma y cuán grande el interés que le inspiraban el bienestar y la felicidad de sus administrados. Siguió al gobierno de Solon, el de los Pisistrátidas, que duró medio siglo (del 560 al 510, a. Chr.) y bajo el cual los negocios públicos fueron dirigidos con cuanto desinterés y habilidad eran compatibles con la consolidación de aquella dinastía. Pisistrato fué, en efecto, un soberano de gran circunspección y talento político; extendió sus dominios allende el Ática, y sometió á su poder las márgenes del Estrimón, abundantes en minas de oro, que tuvieron posteriormente los atenienses en grande estima <sup>2)</sup>. En el interior, trabajó sin descanso por la prosperidad de la agricultura y de la industria, y dícese que favoreció muy particularmente las plantaciones de olivos, á cuyo cultivo eran en extremo propicios el suelo y el clima de aquella comarca <sup>3)</sup>. Los Pisistrátidas, como todos los tiranos, mostraron predilección especial por el fomento de las artes: el templo de Zeus Olímpico, que mandaron ellos construir, aunque quedó sin terminar, era el edificio más grande de Atenas, y ha sido objeto de admiración para las generaciones posteriores <sup>4)</sup>. De igual suerte gustaban de rodearse de cuanto esplendor

<sup>1)</sup> [Pitaco de Mitilene es el que, por más de un concepto, más se asemeja á Solon.]

<sup>2)</sup> Heródoto, I, 64. [Véase la observación de Stein.]

<sup>3)</sup> [El pasaje principal relativo á este asunto se encuentra en Dion Crisóstomo, en el comienzo del discurso XXV.]

<sup>4)</sup> [O. Müller, *Archäologie der Kunst*, § 80, I, 4.]

y magnificencia podían proporcionarles la poesía y la música; y fuerza es confesar que suya es la gloria de haber difundido en Atenas el entusiasmo por la poesía y el conocimiento de las mejores obras literarias que la Grecia había producido.

No es completamente seguro é indudable que los Pisistrátidas fueran también los que introdujeron la costumbre de recitar la *Iliada* y la *Odisea* completas en las fiestas Panateneas (Cap. V); pero sí lo es que el hijo de Pisistrato, el bondadoso Hiparco, llamó á Atenas á los líricos más notables de la época como Anacreonte (Cap. XIII), Simónides (Cap. XIV) y Laso (Cap. XIV), á cuyo lado los recopiladores y cultivadores de la poesía de los misterios gozaron de gran favor. Uno de ellos, Onomácritos, siguió á los Pisistrátidas á la corte de Persia cuando fueron expulsados de Atenas (Cap. XVI). No obstante esta protección dispensada á las artes y á las letras, Heródoto observa, con razón ciertamente, que hasta que aquella dinastía fué derrocada, Atenas no alcanzó el predominio y el vigor políticos que sólo pueden derivar de la participación de todos y cada uno de los ciudadanos en la administración de los negocios públicos <sup>1)</sup>. Verdad es que Heródoto no habla en este pasaje más que de las empresas militares de Atenas; pero no es menos cierto que aconteció lo mismo con las manifestaciones de la actividad intelectual. Es fenómeno digno de nota que en Atenas las obras maestras en la esfera del arte y en la de la literatura, surgieron en medio de las convulsiones políticas más violentas y de los mayores esfuerzos hechos por la salvación ó en el engrandecimiento del Estado. Durante la larga dominación de los Pisistrátidas y á pesar del concurso de los poetas extranjeros, Atenas no produjo otros frutos literarios de importancia que los primeros rudimentos de la tragedia, pues que los orígenes de la comedia en las fiestas campestres de Baco se remontan á época anterior. Por el contrario, en los treinta años que mediaron entre la expulsión de Hipias y la batalla de Salamina (año 3 de la 67.<sup>a</sup> hasta el 1 de la 75.<sup>a</sup> Olimpiada, 510 á 480 a. Chr.), Atenas, al mismo tiempo que luchaba enérgica y victoriosamente contra sus vecinos de Beocia y Eubea, que con juvenil osadía se atrevía á intervenir en los asuntos de sus congéneres del Asia y á alentar la sublevación de los jonios contra Persia, y que resistía y rechazaba el primer violento golpe dirigido por los persas

<sup>1)</sup> Heródoto, 5, 78.



contra Grecia, vió aparecer en escena los dramas conmovedores de Frínico y las sublimes tragedias de Esquilo, despertarse con Temístocles la elocuencia política, las investigaciones históricas inauguradas por Ferécides <sup>1)</sup>, todo, en suma, lo que parecía presagiar el futuro engrandecimiento de Atenas; y hasta las artes plásticas favorecidas notablemente por el genio emprendedor de los Pisistrátidas, no florecieron en realidad sino á la sombra de las libertades públicas. Aunque desde la 60.<sup>a</sup> Olimpiada (540 a. Chr.) Argos, Lacedemonia, Sicione y otras ciudades contaban entre sus habitantes muchos maestros notables, familias enteras y escuelas de artistas consagrados á labrar el bronce, el oro, el marfil, etc., Atenas, gobernada á la sazón por los Pisistrátidas, no podía vanagloriarse de tener un solo escultor. En la época de la batalla de Maraton suenan ya los nombres de los atenienses Antenor, Cricias y Hegias entre los de escultores notables <sup>2)</sup>; las obras á que sobre todo debieron Antenor y Cricias su celebridad fueron las estatuas de Armodio y de Aristógiton, los tiranicidas que, según la leyenda del pueblo ateniense, libraron su patria del yugo de los Pisistrátidas <sup>3)</sup>.

Esta generación valiente y emprendedora es la que se vió amenazada por peligro tan temible como las guerras médicas, y en la que éstas no produjeron otro efecto que la entusiasta y fortaledora influencia por cuya virtud los grandes peligros afortunadamente superados, tórnense en otros tantos grandes beneficios para la patria. Estas épocas azarosas estirpan en las almas todo interés mezquino, todo hábito rutinario, todo egoísmo, en fin, para acostumarlas á alimentarse de grandes pensamientos, á adoptar nobles resoluciones, á sacrificarse por el triunfo de ideas que tienen para ellas más valor que los intereses puramente personales. Las nobles aspiraciones y deseos que entonces se despiertan laten por mucho tiempo en las obras del pueblo que los alimenta. Ya la mitad de la Grecia se hallaba sometida á las armas persas, cuando los atenienses animados por intrépido espíritu de independencia, abandonan su hermosa patria á las rapiñas del enemigo, y embarcándose en sus naves, deciden en favor

<sup>1)</sup> [Véase el cap. XVIII, p. 37 y 38.]

<sup>2)</sup> [O. Müller, *Archäologie der Kunst*, § 82.]

<sup>3)</sup> Véase el cap. XIII. [Véase también la nota al § 88 de la obra de Müller, *Archäologie der Kunst*.]

de los griegos los combates en el mar, para acudir al punto á auxiliar á los espartanos en las campañas en tierra firme. La moderación y la prudencia con que los atenienses en aras del bien común se sometieron al mando y dirección de los espartanos, unidas á su audacia y genio emprendedor, cualidades de que sus rivales carecían, hallaron pronto una recompensa que excedió las esperanzas que poco antes pudieran abrigar los estadistas de Atenas. El apego de los jonios á su metrópoli, iniciado ya antes de la batalla de Maraton, trajo como por la mano la alianza estrecha entre los atenienses y casi todos los Estados griegos del Asia Menor. Poco tiempo después los espartanos seguidos de los demás Estados griegos del continente se retiraron de la lucha, y para terminar la guerra se formó una liga ateniense, que sucesiva y rápidamente tornóse en real y decidida dominación de Atenas sobre todos sus aliados. De esta suerte Atenas llegó á formar un Estado vasto y floreciente, al cual se hallaban sometidas las islas del mar Egeo y del Ponto Euxino, que sirvieron á los grandes estadistas atenienses como base para levantar el edificio de su hegemonía y de su gloria.

Terminó este portentoso edificio *Pericles*, cuyo gobierno duró desde la 79.<sup>a</sup> Olimpiada (464) hasta su muerte (año 4 de la 87.<sup>a</sup> Olimpiada, 429). Ante todo, Pericles dió á la alianza de Atenas con los demás Estados el carácter de supremacía, declarando el Tesoro de la liga, Tesoro público de Atenas, y conservó con rigor este predominio castigando severamente toda tentativa de independencia ó de traición. Gracias á él, Atenas se constituyó en soberana cuya principal función era el gobierno y la administración de justicia en un territorio extenso donde florecían la agricultura, la industria y el comercio. No era, sin embargo, el ejercicio de estas funciones y el disfrute de este poderío el único fin que Pericles se proponía, ni el sumo bien que ambicionaba para sus conciudadanos. Trataba de realizar en Atenas el ideal que su mente había concebido de la grandeza humana: el ideal de una existencia apacible, tranquila, digna y levantada; quería que el pueblo ateniense se sintiera animado por los sentimientos más nobles y generosos, y logrólo en tal medida mientras duró su gobierno, que no ofrece ejemplo igual á éste la historia. Vivía Pericles en medio de un pueblo libre, que gozaba de cuanta participación puede tener una colectividad de ciudadanos en la administración de los asuntos públicos y de cuanta libertad é inde-